

2011

La violencia, los buenos y los malos

Núñez-Bustillos, Juan C.

Núñez-Bustillos, J.C. (2011). "La violencia, los buenos y los malos". En Análisis Plural, segundo semestre de 2010. Tlaquepaque, Jalisco: ITESO.

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/755>

*Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia:
<http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-2.5-MX.pdf>*

(El documento empieza en la siguiente página)

LA VIOLENCIA, LOS BUENOS Y LOS MALOS

▪ Juan Carlos Núñez Bustillos* ▪

El problema de la violencia que sufre el país no puede reducirse a un enfrentamiento entre buenos y malos. Esta visión simplista no ayuda a entender la complejidad de una situación como la que vivimos, y mucho menos abre posibilidades para plantear salidas viables. Por eso resulta preocupante que desde el gobierno federal se impulse este discurso con tanta insistencia, y que muchas instituciones y personas lo compartan y lo repitan acriticamente.

Desde esta visión, hay individuos que se dedican a hacer el mal porque son malvados, malos de verdad. Y hay otros muy buenos, que somos los demás, todos los que no usamos cuernos de chivo ni dejamos narcomensajes junto a los cuerpos degollados de nuestros enemigos.

* Es periodista egresado de la licenciatura en Ciencias de la Comunicación en el ITESO. Cursó la maestría en Periodismo en la Universidad Autónoma de Madrid y el diario *El País*. Ha trabajado en diversos medios. Actualmente es colaborador del periódico *Público*, de Guadalajara, y coordinador del Centro de Formación Humana del ITESO.

El esquema es el mismo que aparece en las caricaturas de superhéroes y en las telenovelas de Televisa, donde el conflicto es entre buenos, muy buenos y malos, muy malos. Sin ningún matiz, sin ninguna consideración de los componentes económicos, sociales, culturales y políticos del contexto. Desde este discurso, el problema de la violencia depende, fundamentalmente, de la maldad o la bondad particular de cada persona. Y como ya son muchos los malos, la violencia aumenta.

La solución, desde este punto de vista, no es fácil, pero es simple: hay que neutralizar a los malos para que los buenos podamos vivir tranquilos. El asunto se reduce a un tema policial. Si hay muchos malvados sueltos, lo que hay que hacer es meterlos a la cárcel, matarlos o dejar que se maten solos.

Por eso los funcionarios gubernamentales repiten, casi con satisfacción, que los muertos del día pertenecen a grupos criminales. Como si eso atenuara el problema de la violencia y sus consecuencias. Si los matan es porque se lo buscaron, por malvados, bien merecido. Son muertes casi para celebrarse. Uno, diez, cien, mil malos menos en el país.

Me parece que abordar el tema de la violencia desde esta perspectiva de buenos contra malos es un grave error, fundamentalmente porque se trata de un diagnóstico simplista y maniqueo que limita las posibilidades de solución al no tomar en cuenta las causas estructurales de la violencia y considerarla sólo como actos criminales de cierta espectacularidad.

Pensar el problema de la violencia así nos exime a los “buenos” de cualquier responsabilidad sobre la situación. Nosotros no somos responsables de la maldad de los otros, por lo tanto nos basta con seguir siendo buenos y con apoyar a los otros buenos que luchan contra los malos.

El problema es mucho más complejo. ¿Dónde empieza la violencia?, ¿qué la provoca?, ¿qué responsabilidad tenemos?, ¿quién, a fin de cuentas, otorga certificados de bondad?

Hay quienes “encajuelan”, “encobijan”, “ejecutan” y “levantan”, como se dice ahora, a otras personas. Les hacen daño, las torturan, las matan, las mutilan. Son acciones violentas, sin duda. Acciones muy violentas.

Pero ¿qué es la violencia?, ¿solamente las acciones físicas que revisten cierta espectacularidad?

Ricardo Soca, en la *Historia de las palabras*, señala:

La violencia fue asociada desde tiempos muy remotos a la idea de la fuerza física. Los romanos llamaban *vis, vires* a esa fuerza, al vigor que permite que la voluntad de uno se imponga sobre la de otro. *Vis tempestatis* se llama en latín el “vigor de una tempestad”. En el Código de Justiniano se habla de una “fuerza mayor, que no se puede resistir” (*vis magna cui resisti non potest*).¹

La violencia no se reduce a la fuerza física, aunque por supuesto que puede incluirla. Consiste en el poder que permite que la voluntad de uno se imponga sobre la voluntad de otro. Y se impone, no se discute y menos se acuerda, porque quien la ejerce tiene el poder para hacerlo; el poder físico, el poder económico, el poder político, el poder psicológico, el poder cultural, cualquier ventaja que nos permite pasar impunemente sobre el derecho de los demás. Y, entonces, la situación se vuelve más compleja. ¿Quién no ejerce violencia?, ¿quién no impone su voluntad a los otros?, en la familia, en la escuela, en el trabajo, en la calle, en los parques...

Porque en un país en que el Estado de derecho es prácticamente inexistente, en el que impera la impunidad, en el que no contamos con

1. Ricardo Soca. “Violencia”, 10 de noviembre de 2010. Disponible en <http://www.elcastellano.org/palabra.php?q=violencia>

acuerdos mínimos de convivencia pacífica y respetuosa, la voluntad de unos se impone sobre la voluntad de los otros, independientemente de la justicia, de la razón o de la ley. Una cultura del *gandallismo*, como ésta en la que vivimos y que favorecemos casi todos con nuestros actos cotidianos, no puede sino generar violencia. Si ejercer violencia es imponer su voluntad sobre la de los otros, ¿quién va a ser el que tire la primera piedra?

Es violento el que trafica cocaína, ¿y el que trafica influencias? Es violento el que evade un retén militar ¿y el que evade impuestos?

¿No es violencia pagar salarios de hambre a los obreros? ¿No es violencia la pérdida de los derechos laborales? ¿No es violencia que un mínimo porcentaje de los jóvenes tenga acceso a la educación superior? ¿No es violencia que el hijo de una empleada doméstica esté en la cárcel por el mismo delito que cometieron los hijos de un empresario y un político, y que éstos no hayan ni siquiera pisado un separo de la policía municipal? ¿No es violencia que un agente del Ministerio Público pregunte al denunciante el nombre del ladrón que lo asaltó para “poder proceder”? ¿Y que una burócrata rechace el trámite de un ciudadano sin explicarle claramente por qué y qué debe hacer para poder completarlo?

¿No es violencia que algunas de las principales empresas mexicanas que generaron ganancias multimillonarias paguen en promedio 141 pesos de impuestos al año?² ¿Y que el gobierno favorezca monopolios? ¿No lo es que se amenace de muerte a quienes defienden a su pueblo contra la construcción de una presa? ¿No es violencia que las familias se tengan que separar cuando los hombres arriesgan su vida para tratar de cruzar ilegalmente a Estados Unidos porque en México no hay trabajo? ¿Y qué

2. Sergio Aguayo. “141 pesos”, en *Mural*, Nacional, Guadalajara, 16 de septiembre de 2009, p. 5.

de las casas indignas en los asentamientos indignos que se venden a los trabajadores? ¿Y de la falta de medicamentos en los hospitales públicos? ¿No es violencia que un cardenal llame maricones a los homosexuales y que un gobernador diga que le vale madre lo que piense la gente y que les miente la madre a quienes no piensan como él?

¿No es violencia que una señora estacione su camioneta obstruyendo las rampas para sillas de ruedas o que se detenga en doble fila? ¿Y el francero que se apropia del espacio público? ¿Y el ciclista que agrede al peatón? ¿Y el minibusero que no da la parada? ¿Y el comerciante que infla los precios? ¿Y el señor que se mete en la fila? ¿Y el vecino que pone la música a todo volumen? ¿Y el que tira la basura en la calle o el que lleva a sus perros a defecar en el jardín del vecino? ¿No es violento el profesor que ridiculiza al alumno? ¿Y el alumno que no respeta el trabajo del profesor?

La lista es interminable.

¿Quién tira la primera piedra? ¿Quién tiene la cara para ir a decirle a los jóvenes sicarios que sean buenos? ¿Quién va a decirles que se conviertan en hombres de bien, que dejen de matar gente y se transformen en médicos de los que cobran 700 pesos la consulta o en profesores con posgrado a lo que se les paga 33 pesos la hora de clase en la universidad pública? ¿Les vamos a decir que se resignen a ser pobres, que sufran aquí porque en la otra vida Dios los premiará? ¿Cómo queremos vivir en paz si desde pequeños aprendemos a ejercer y a sufrir la violencia, cada uno como puede, desde donde puede? ¿Cómo queremos lograr la paz si vivimos en un país en el que impera la violencia desde en nuestra cuadra hasta en las grandes decisiones nacionales?

Una estructura económica, política, social y cultural violenta e injusta no puede sino generar violencia. La violencia no es sólo una cuestión de maldad personal; es originada y propiciada por las condiciones objetivas en que vivimos, por la impunidad, por la corrupción. Mientras éstas no cambien, será imposible construir relaciones de convivencia pacífica.

De ninguna manera quiero victimizar a los delincuentes y decir que son rebeldes sólo porque el mundo los hizo así. Hay, por supuesto, una responsabilidad personal en cada acto de violencia. Es obvio que no es lo mismo tirar un papel en la calle que cortarle la lengua a una persona.

Tampoco estoy diciendo que no sea importante combatir con firmeza a quienes violan la ley y que no se les sancione conforme a derecho. Pero a todos por igual y con justicia.

Lo que sí creo es que no se podrá avanzar en la solución del problema de la violencia mientras la reduzcamos a un asunto de voluntades individuales, de buenos y malos. Existe una violencia estructural en el país que genera un caldo de cultivo para las conductas violentas; algunas simples, otras extremas.

Coincido con Guadalupe Morfín cuando dice, en un reciente artículo:

La violencia descarnada en México nos lleva a indagar qué faltó en las vidas de quienes la ejercen, y a hacernos cargo de cómo ésta se edifica, mucho antes de que comience a ser disparada la primera bala, en los ámbitos domésticos, laborales, docentes, jurídicos (impunidades), culturales, urbanos (malos servicios, autorización de edificaciones fraudulentas, fraccionamientos inhumanos, imposibilidad de gozar el espacio público). Detrás de quienes hoy disparan, eslabones visibles de la cadena delictiva, hay años de adoración a los nuevos becerros de oro: el consumismo, el poder, el dominio sobre otros, otras. Y siglos de exclusiones, autoritarismo, desigualdades.³

La violencia en el país no terminará mientras amplios sectores de la socie-

3. Guadalupe Morfín Otero. "Ideas de Dios", 10 de noviembre de 2010. Disponible en <http://www.informador.com.mx/mexico/2010/246615/6/ideas-de-dios.htm>

dad, comenzando por las autoridades, sigan considerándola solo como un problema policial. Mientras el gobierno no impulse con éxito políticas públicas que favorezcan la justicia y fortalezcan el Estado de derecho, la violencia continuará. Podrán acabarse todas las balas que tienen, podrán alegrarse cada vez que muera un “malo”, pero vendrán más y más.

La violencia en el país no terminará mientras cada uno de nosotros, en nuestros ámbitos, no dejemos de imponer nuestra voluntad a los otros con el poder que tenemos. No propongo una visión ingenua de “amor y paz”. No basta la voluntad individual para avanzar hacia una cultura de paz, pero sin la construcción cotidiana de actitudes de paz, individuales y concretas, será imposible conseguirla en el país.

Pensar que los malos lo son porque se les metió el diablo, porque en su casa no les inculcaron valores o porque consumieron muchas drogas, es muy cómodo. Nos exime de responsabilidad, a nosotros los “buenos”. Es más difícil considerar que se trata de un problema estructural, que además incrementamos cada uno con nuestro comportamiento individual y cotidiano, porque nos impele a actuar.

Mientras sigamos considerando la violencia como un asunto de buenos y malos, a lo “buenos” no nos quedará más que rezar para que los “malvados” se vuelvan “buenos”, como nosotros.